



El arte de la guerra y las Fuerzas Aéreas

Por ANGEL PISON DE LA VIA
Capitán de Aviación.

El arte de la guerra, que trata del empleo de las fuerzas armadas en la lucha, se compone de dos partes fundamentales: Táctica y Estrategia.

Como han sido numerosas las definiciones dadas de táctica y estrategia, intentaremos aquí concretar éstos conceptos para las fuerzas de Tierra, Mar y Aire, destacando los correspondientes a la fuerza militar que actúa en este último elemento y la intervención cada vez más decisiva de la política en la orientación y dirección estratégica.

Táctica y Estrategia.

Las definiciones de táctica varían según el elemento en que se empleen las fuerzas armadas; las tres siguientes corresponden a los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire.

Según el Reglamento Táctico de Infantería, táctica es el arte de disponer, mover y emplear las tropas sobre el campo de batalla con orden, rapidez y recíproca protección, teniendo en cuenta: misión, terreno, enemigo y medios propios.

La táctica naval se define como el arte de lograr el máximo rendimiento de las armas en contacto con el enemigo.

La táctica aérea se puede definir como el arte de disponer, mover y emplear las fuerzas en el combate y acciones aéreas para obtener el máximo rendimiento de las armas y medios propios.

Todas estas definiciones suponen ejecución de una misión, es decir, que en la ejecución interviene plenamente la táctica, pero también en ella existe concepción; en el campo de batalla, en el combate, en con-

tacto con el enemigo, habrá de concebir, con tiempo o rápidamente, la maniobra que pueda crear una situación favorable para que la acción se desarrolle en condiciones óptimas.

Donde concluye la táctica comienza la estrategia, siendo difícil señalar el límite entre ambas, como lo es limitar, para todos los casos, el alcance de los términos combate y batalla, ya que ambos significan encuentro entre fuerzas armadas, y aunque el concepto de batalla es más amplio y puede comprender varios combates y acciones bélicas, los combates también se componen, a su vez, de acciones combinadas entre sí, que pueden desarrollarse independientemente de una batalla, siendo ésta la razón por la cual no se puede determinar exactamente las fuerzas que han de intervenir o el objetivo a alcanzar para que un encuentro se considere como batalla o como combate.

La finalidad de la batalla es alcanzar objetivos más amplios e importantes que los que se obtienen por el combate, por tanto, podemos considerar la batalla como un combate de proporciones o repercusiones muy importantes, pero no decisivo, máxime modernamente que no existen las batallas decisivas al estilo de los tiempos pasados, ya que la guerra total, al movilizar todos los recursos nacionales hace que sea materialmente imposible, sobre todo en superficie, un encuentro de este tipo.

Considerada la batalla como un combate de mayores proporciones que éste, y limitando el combate, de acuerdo con Clausewitz, de modo que comprenda en el tiempo hasta que su crisis haya pasado por completo y en el espacio hasta donde llegue la acción personal del mando de las tropas que intervienen en el mismo, queda definida la táctica como la teoría del empleo de las tropas en el combate, y la estrategia como la teoría del empleo de los combates para el fin de la guerra, es decir, para obtener la victoria.

Táctica y estrategia no pueden limitarse en la ejecución, ya que resulta difícil determinar dónde concluye una maniobra y

empieza otra; en la concepción existe una clara diferencia entre ellas, ya que la estrategia concibe y elabora el plan de operaciones, abarca el conjunto de las mismas y regula su desarrollo, mientras que la táctica realiza, fraccionando en batallas y combates, el plan de operaciones concebido por la estrategia.

Claro está que la táctica, al limitar su acción al campo de batalla es materia puramente militar, pertenece al profesional exclusivamente y es él quien elabora los reglamentos para el empleo de las distintas armas y unidades, existiendo tácticas de los tres Ejércitos y dentro de ellos, las correspondientes a las Armas que les integran, aunque al igual que la táctica de las tres Armas fundamentales del Ejército de Tierra, debe estudiarse también conjuntamente la táctica de los tres Ejércitos.

Si las Armas tienen sus tácticas propias y éstas deben estudiarse combinadas, la estrategia, por el contrario, es única, su fin es concluir la guerra con la victoria combinando sucesivas o simultáneas batallas y, por ello, existirá una doctrina estratégica que conduzca las fuerzas armadas hasta dicho fin, la cual, en principio, deberá atender a concentrar los máximos recursos y esfuerzos hacia el objetivo principal, dosificando los objetivos secundarios con los mínimos medios. Esta misión pone de manifiesto el amplio campo de la estrategia, a la cual no sólo incumbe la dosificación de las fuerzas dentro de cada Ejército o teatro de operaciones, sino la de los recursos de la nación entera, y como la dirección de la nación pertenece por completo a la actividad política, nos encontramos con que esta actividad es la que dirige la estrategia en el escalón más elevado.

Con la decisiva intervención de las fuerzas aéreas en la lucha, la táctica no ha sufrido modificaciones sensibles; los ejércitos de superficie continúan empleando sus tácticas peculiares, adoptando las armas, medios y modo de combatir que exige la defensa aérea y la explotación de los efectos conseguidos por las acciones aéreas propias, ya que es difícil imaginar un encuentro en el que no intervenga la Aviación.

En el campo de batalla las acciones aéreas apoyan, por lo general, directamente a las fuerzas de superficie y puede ser ésta la razón por la cual algunos de sus componentes consideran que los aviones constituyen un arma más, como un cañón de mayor alcance que los de artillería y como un elemento de información más rápido y de acción más profunda, cuando en realidad la Aviación es una nueva fuerza militar, cuyas características hacen que sea la más apta para lograr la concentración por actuar en masa y también para atacar en el punto decisivo, aunque éste se encuentre en el interior del país enemigo, por ello, las fuerzas de superficie deben tener en cuenta la actuación aérea, ya que contarán con su apoyo o se tendrán que defender de la acción enemiga, pero siempre considerando que el mejor apoyo que se les puede prestar lo constituyen las batallas aéreas ganadas fuera del frente de combate, hacia el enemigo, lo cual no modifica la táctica peculiar de estas fuerzas.

Referente a Aviación, la realización de todas las acciones aéreas pertenece a la táctica, sean éstas en apoyo directo a las fuerzas terrestres, de interceptación a fuerzas enemigas, de ataque a su potencial bélico, etcétera, ya que en la ejecución es donde interviene plenamente la táctica, existiendo tácticas particulares de empleo para cada especialidad aérea. Independientemente de que el objetivo tenga carácter táctico o estratégico, la acción es táctica aunque las fuerzas ejecutantes dependan de un mando estratégico.

La estrategia tampoco ha sufrido modificaciones, únicamente, y debido a la intervención aérea, los conceptos estratégicos han sufrido alguna variación al no poderla considerar como "Ciencia preparatoria de las grandes batallas fuera de la acción de las armas", puesto que todo el territorio está expuesto al fuego de la Aviación enemiga, así como tampoco es el encuentro y destrucción del Ejército enemigo en la batalla decisiva el fin de la estrategia, ya que la victoria se puede lograr aniquilando su capacidad de resistencia, aunque ello exija ganar la batalla en el aire.

La maniobra estratégica, que es esencial-

mente maniobra de desplazamiento de fuerzas, ha sido ampliada considerablemente al poder emplear los aviones como medio de transporte de Unidades, introduciendo con ello la tercera dimensión en el campo de batalla, lo que hace posible el envolvimiento y acciones sobre la retaguardia enemiga sin necesidad de recurrir a la maniobra de ala.

Actualmente no pueden existir doctrinas estratégicas terrestres o navales al estilo antiguo, debido a que no se desarrollan estas batallas independientemente de las batallas o combates aéreos, sino que deben planearse conjuntamente, con objeto, no de sumar los efectos, sino de multiplicarlos, que es el criterio sustentado por el General Montgomery. La fuerza aérea, al poder llevar a cabo acciones contra el potencial bélico enemigo que le imposibilite continuar la guerra, puede tener una característica estratégica propia, pero a pesar de ello la estrategia será una, aun teniendo un carácter o preponderancia marcado respecto a un elemento, ya que las fuerzas armadas de tierra, mar y aire son, en estrecha unión, las que deben conseguir la victoria, y al planearse la maniobra estratégica deberá tenerse en cuenta normalmente no sólo la intervención de los tres Ejércitos, sino otros muchos factores de orden económico psicológico, etc., siendo aquí donde tiene una marcada intervención la política, pero no como un elemento de la estrategia, sino que la estrategia constituye una rama de la política, denominada política de guerra.

Muchas de las definiciones de estrategia, al considerarla como la ciencia del General en Jefe, teoría del arte de concebir, etcétera, inducen a pensar que es materia exclusivamente militar, cuando, como anteriormente se ha puesto de manifiesto, la dirección estratégica en el escalón más elevado entra de lleno en el marco de la política.

Política de guerra.

La política, al dirigir las actividades internas y externas de la nación, orienta sus relaciones con los demás pueblos al objeto de conseguir las aspiraciones nacionales,

sean éstas materiales, espirituales o de cualquier otro orden. Cuando en los afanes pacíficos por conseguir estas aspiraciones surge el desacuerdo definitivo, las naciones, carentes como están de un poder superior para decidir la cuestión, recurren a la guerra, que viene a ser la continuación de la política por medios violentos (Clausewitz).

Siendo la guerra un medio de la política, el último recurso de ésta, deberá prever desde tiempo de paz, todas las medidas conducentes a que la guerra, cuando sobrevenga, se desarrolle en las mejores condiciones, siendo ésta labor muy compleja; dentro de sus actividades comprende todas aquellas medidas de dirección conducentes a fortalecer las fuerzas propias y debilitar las del enemigo; mas como la guerra es total, estas medidas abarcan a la nación entera, por tanto, a la política de guerra incumbe coordinar y dirigir todos los recursos de la nación y medios a su alcance para lograr el objetivo de la guerra.

Actividades características de la política de guerra son:

— Calcular y desarrollar los recursos económicos, morales, el potencial humano, la potencia material, comercial, etc., de la nación, así como conseguir alianzas y ayudas de otros países.

— Conocer el potencial del probable enemigo o enemigos y los puntos más sensibles de las fuerzas de que dispone para hacer la guerra.

— Establecer una doctrina estratégica encaminada a lograr el máximo rendimiento de los propios recursos, en función de los medios con que cuente el enemigo. Esta doctrina estratégica se hará sentir principalmente en la dosificación de las fuerzas armadas y en la investigación y empleo de ciertas armas o ingenios de guerra.

— Facilitar la acción de la estrategia provocando la dislocación del enemigo o disminuyendo sus posibilidades de resistencia (Política de bloqueo económico, creación de "quintas columnas", propagación de ideologías antinacionales, antimilitares o pacifistas, inducir al enemigo a que oriente su

preparación según las propias conveniencias, etc.).

— Conocer la psicología de los pueblos; saber cómo se ha de tratar a cada uno de ellos, el momento oportuno de conceder una paz justa al vencido, conocer si el pueblo lucha contra su voluntad o movido por el sentimiento, al objeto de deducir la manera más efectiva de luchar contra él o de ganar su voluntad, caso de ocupar el territorio.

La política de guerra ha de considerar también el problema de ganar la paz, evitando la fricción que inevitablemente se desarrolla en cualquier alianza; todo ello relacionado entre sí al objeto de lograr una paz duradera, que es el fin a que debe tender.

Por otra parte, como también el mando político es quien decide en la guerra sobre la creación de nuevos teatros de operaciones, consideramos a la política de guerra como el arte de regir los preparativos de la misma y el empleo de las operaciones militares, en íntima unión con la política, economía, ciencias y psicología, es decir, que la política de guerra lleva la dirección estratégica en el escalón más elevado.

Esta dirección estratégica, como se ha manifestado anteriormente, se ha de hacer sentir, en primer lugar, en la dosificación de las fuerzas armadas.

Cuando no existían los aviones y durante el tiempo en que la Aviación no gozó de independencia como Ejército del Aire, las principales naciones procuraron hacerse invencibles en uno de los dos elementos en los cuales dirimían sus querellas: la tierra o el mar; su posición geográfica unido a razones económicas principalmente, eran los factores determinantes de tal orientación, orientación señalada y dirigida por la política y conocida por la nación entera como lo fué en Gran Bretaña la decisión de luchar por detentar el dominio de los mares, o como en España, Francia o Alemania, sucesivamente, la de luchar por conseguir la supremacía terrestre en el Continente, sin que ello supusiera prescindir de las fuerzas terrestres o navales, respectiva-

mente, sino que se fijaba el instrumento preponderante con el que había de hacerse la lucha y, paralelamente a ello, se llevaba a cabo la organización industrial del país, se distribuían materiales, se dirigía la política exterior y se orientaban todas las actividades de la comunidad.

La Historia Militar nos muestra cómo a lo largo de las contiendas existentes entre potencias terrestres y navales, por lo general, se han impuesto estas últimas; el dominio de los mares ha supuesto la hegemonía continental, y esto ha sido debido a que, separadas normalmente las potencias beligerantes por el mar, el dominio de éste suponía seguridad de no ser invadido el propio territorio y posibilidad de bloquear el del contrario, pudiendo, por otra parte, al disponer de una fuerza móvil, concentrarla sobre el punto débil enemigo.

Si el dominio del mar, aun estando limitada la actuación de las fuerzas navales por las costas, ha supuesto hegemonía continental, el dominio del mar aéreo, en el cual no existen fronteras, donde los medios que en el mismo actúan pueden elevarse fuera de la acción de las armas de superficie, siendo capaces de transportar las armas de máxima destrucción, supone, al poder hacer sentir su acción hasta en el último rincón del territorio enemigo, una hegemonía mucho mayor, una hegemonía mundial. Respecto a esta cuestión, el famoso político inglés Winston Churchill ha manifestado: "El dominio del Aire configura hoy la suprema expresión de la potencialidad militar; los ejércitos y las flotas, por necesarios que sean, deben aceptar una jerarquía subordinada."

Con la decisiva incorporación de la Aviación como una nueva fuerza militar, la política de guerra cuenta con tres fuerzas armadas entre las cuales ha de repartir los efectivos y medios de que dispone para hacer la guerra. El equilibrio entre dichas fuerzas en condiciones de igualdad económica o numérica es inadmisibles, como lo sería mantener equilibrados en dichos aspectos los efectivos de las Armas que integran una División de Infantería, o repartir uniformemente los efectivos terrestres

a lo largo de un frente, ya que resulta completamente contrario al principio de economía de fuerzas; por tanto, la primera decisión que ha de adoptar la política es fijar una orientación estratégica, la cual quedará materializada en la composición de cada uno de los Ejércitos. En esta delicada tarea de ponderación tendrá que recurrir al asesoramiento militar, y aquí es donde ha de poner de manifiesto el mando político su fino tacto e intuición estratégica, puesto que sus asesores, con doctrinas, hábitos y costumbres arraigadas no podrán desprenderse de sus viejas formas de pensar adquiridas a través de muchos éxitos, y aun pensando con el más elevado sentido patriótico, pueden resultar anticuadas y normalmente serán contradictorias, ya que existirá la honrada pugna por parte de cada Ejército para llegar a constituir el elemento preponderante de lucha o, al menos, contar con mayores medios y misiones.

El elemento preponderante de lucha deberá ser elegido por cada país en función de su posición geográfica, potencialidad económica, naturaleza del territorio, posibles aliados, enemigos, etc., sin que ello suponga eliminación de los otros Ejércitos, sino que cada uno tendrá unas misiones que cumplir de acuerdo con los medios que se pongan a su disposición, actuando bajo un Mando único, precisamente por ser más compleja la labor y requerir aunar todos los esfuerzos.

La decisión política en la ponderación de las fuerzas armadas, señalando los objetivos a alcanzar por cada Ejército, constituye el dato más importante para formular el plan de guerra, a base del cual el Mando militar desarrolla el plan de operaciones. Desarrollar el plan de operaciones en función de las condiciones exigidas en el plan de guerra, y asesorar al Mando político en cuestiones de guerra es cuestión del Mando militar, pero la responsabilidad de la orientación estratégica pertenece por completo al Mando político, por ser él quien decide y cuenta con los máximos medios para favorecer dicha orientación.

Esta es la intervención de máxima responsabilidad que la política tiene en materia de guerra.